

Una cultura para Europa

H. Pasqua*

Introducción

Definir las palabras se ha convertido en una aventura arriesgada. Presa en su dependencia de las doctrinas, una idea, no bien acaba de nacer, es ya suplantada por otra nueva que pretende explicar mejor el curso de la Historia. Los sofistas, tan numerosos hoy día, tienen —usando la expresión irónica de Sócrates— una nariz que fluye; y fluye como el río de Heráclito, en el que no se podía bañar dos veces. Sin embargo, hace falta cortar con ese moqueo, marcar una pausa y pararse en una definición, con el único objeto de ponerse de acuerdo sobre el sentido mismo de esa corriente.

La cultura, más que cualquier otra noción, reclama esta pausa, pues es justamente lo que subyace a esta corriente de las ideas. Pero hay que poner cuidado en no imaginarla como la masa inerte de nuestros conocimientos. No es la memoria viviente. Vulgarmente, se habla del "bagaje cultural", como si la cultura se conservara en maletas que uno lleva consigo con el riesgo de que le estorben en su marcha. Esta expresión es errónea, ya que da a entender que el hombre cultivado es un animal de biblioteca, al que se representa, con las gafas puestas, todo el día encorvado sobre manuscritos

empolvados; un hombre, en una palabra, desligado de la realidad. Nada más falso que semejante imagen.

La cultura —su misma etimología nos lo indica— es la acción de cultivar la tierra. La palabra refleja el aspecto dinámico de la realidad que encubre. En este sentido, el hombre cultivado aparece como una tierra desbrozada, trabajada; la tierra humana fecundada. No existe, por tanto, alusión alguna a ese almacenamiento pasivo de conocimientos, sino, al contrario, a una idea de asimilación activa de todo aquello que desarrolla estas cualidades del espíritu que son el sentido crítico, el ansia de verdad, el deseo de bien. La cultura es, en definitiva, el florecimiento de la vida propiamente humana, comprendiendo tanto el aspecto material como el espiritual, moral e intelectual.

"Europa ha sido tan roturada y trabajada que se ha convertido en la realización más bella de cuantas ha hecho el hombre."

"La cultura es la acción de cultivar la tierra.

El hombre cultivado aparece como una tierra desbrozada, trabajada; la tierra humana fecundada."

Desde tiempos ya lejanos, la idea de cultura se ha asimilado a la de Europa. Y con toda razón, ya que Europa ha sido tan roturada y trabajada que se ha convertido en la realización más bella de cuantas ha hecho el hombre, hasta el punto de que puede decirse: Europa es la cultura. Su sol, en efecto, ha visto el desarrollo del pensamiento humano, nunca satisfecho, siempre en busca de la felicidad y de la verdad. En Europa han visto la luz los más preclaros genios; en ella han sido concebidas las más grandiosas obras. "Todo proviene de Europa —dice Valéry— y todo acaba en ella. O casi todo." (*Variétés*) "Es la cabeza del mundo", añade. Su espíritu,

* Doctor en Filosofía.

como Atenea, ha surgido completamente armado. Pero, este cuerpo tan mezquino ¿es capaz de soportar semejante cabeza? No encontraremos respuesta a esta pregunta, pues es la misma cabeza quien lo lleva; su fuerza le viene de allí. No es Europa quien carga con él, sino el espíritu europeo.

Europa, enferma

Europa ha sobrevivido a todas sus enfermedades. Pero hoy parece que el enfermo no es el cuerpo, sino el espíritu. El espíritu europeo sufre un enorme desorden mental engendrado por sus innumerables doctrinas. Es como si estuviese trastornado. La luz de la razón ha dejado de iluminarle, y las desgracias que le han golpeado han hecho más tupida su noche. La guerra, la corrupción, la violencia, han roto los ideales y hecho vanas las previsiones de nuestros filósofos, los cálculos de nuestros científicos, los consejos de nuestros sabios. Las mil y una concepciones de la vida, las explicaciones del mundo, renovadas tras cada puesta del sol, exhalan como un postrer suspiro tras lo europeo, embrutecido, en la cabecera de Europa. La fiebre domina a este cuerpo tan débil. Europa ya no existe. Ha muerto por pensar demasiado. Tanto saber, tanta cultura, ¿no ha servido, pues, más que para demostrar la impotencia del conocimiento a la hora de salvar aquello que decía Valéry? Podríamos caer en la tentación de pensar que, en efecto, la cultura ha contribuido a pervertir, a degradar al hombre; que ha sido como la túnica de Nessus arrojada sobre el cuerpo de Europa.

“Europa ya no existe. Ha muerto por pensar demasiado.”

Desde que está separado de su cuerpo, el espíritu europeo planea sobre las aguas, como en los primeros días, en busca de un continente en donde encarnarse otra vez. ¿Algún viento favorable le arrastrará hacia Africa? Me agrada imaginarlo viniendo de allí, revitalizado, a devolver la vida a su tierra natal. El espíritu en un caballo de Troya, regresando a Europa... “La civilización europea, somos conscientes —declara Bernanos— tiene un carácter universal. Sería falso afirmar que únicamente pertenece a Europa” (*¿La libertad para qué?*, pág. 157). La civilización es obra del hombre, reflejo de un cierto estadio de cultura. Es un fenómeno espiritual que trasciende su origen, no es un fenómeno aislado. Es tan universal como el hombre, que no podría dividirse en concepciones particulares sin riesgo de perder su unidad. La grandeza de Europa ha sido afirmar esta universalidad; su miseria, olvidarla a la hora de aplicarla. Multiplicando la imagen del hombre, ha terminado por descomponerse. Han aparecido fuerzas divergentes, creándose un caos de intereses y pasiones. La historia de Europa ya no es la historia del hombre. Se ha convertido en la historia de las técnicas de transformación y servidumbre del hombre, que han reemplazado

la acción fecundante del espíritu. El poder ha sustituido a la inteligencia. Sus desgarros, sus abandonos, hacen aún más dramático el interrogante de si es todavía posible la unidad espiritual europea. ¿Qué cultura puede contribuir a lograrlo? ¿Cuáles son las condiciones favorables para su eclosión? Estas son las cuestiones que nos vamos a plantear.

Las causas del error

La cultura, ya lo hemos dicho, es el florecimiento de aquello que es propiamente humano. Consecuentemente, se desarrollará a partir de una determinada concepción del hombre, universalmente reconocida. La idea de una naturaleza humana orientada a su término, es decir, a su perfección, encabeza el concepto de cultura. Por el contrario, concebir al hombre como un ser totalmente determinado por la historia, significaría separarlo de sus obras, falsear la naturaleza de la cultura e introducir un germen mortal en el sistema circulatorio del pensamiento humano. Y esto es desgraciadamente lo que le ha sucedido al europeo, cuando se ha desligado de la realidad, ocupándose de sí mismo. A consecuencia de ello, la naturaleza se le aparece como un mundo de objetos extraños e inhumanos. “Europa se ha equivocado —escribe Jean-Marie Benoist— cuando ha hecho la apuesta que no debía hacer: las cosas contra el espíritu, las cifras contra las cualidades singulares, la unidad estéril contra la diversidad.” (*Plegaria por una Europa difunta.*)

Europa, en efecto, se ha equivocado. Porque la cultura es connatural al hombre; se prolonga en la civilización a través de las obras, pero en lucha contra la tendencia de éstas a volverse contra su autor y llevarle a su dimensión de simple objeto. El papel de la cultura no es otro que salvarnos del mundo de la facilidad. Prolongando sus raíces en lo espiritual, hace correr por nosotros la savia de la razón y de las virtudes.

Así, es evidente que una cultura se juzga siempre desde el punto de vista de la verdad y de la bondad, y a través de ella, se desprende el significado de una civilización. El ser humano, efectivamente, se realiza por sus obras, pero no logra su total perfección más que bajo la luz del espíritu. Todo saber del conocimiento no tiene otro fin que afirmar la primacía de lo espiritual.

La cultura protege al hombre de sus instintos. Por su naturaleza, deriva de la razón; aborrecer la cultura significa igualmente aborrecer la razón. Desgraciadamente, no estamos inmunizados contra esta enfermedad que tanto temía Sócrates: la misología, el odio a la razón. Temor justificado, ya que la vida instintiva, en el hombre no es como la del animal, absolutamente reglada, sino, por el contrario, pura indeterminación que va formándose por la razón. Permaneciendo en un nivel instintivo, la voluntad desarrolla una prodigiosa capacidad de destrucción, pues la razón se convierte en fuente de corrupción. El espíritu inculto deja proliferar —aunque no lo desee, y en medio del mayor de los desórdenes— la vida sensitiva como una vegetación malsana que termina por ahogar y matar lo que de humano hay en el hombre. La naturaleza, desviada de su finalidad, engendra monstruos.

“Europa se ha equivocado cuando ha hecho la apuesta que no debía hacer: las cosas contra el espíritu, las cifras contra las cualidades singulares, la unidad estéril contra la diversidad.”

Pero la vida humana está conectada con la vida de la naturaleza. No es una abstracción desligada de lo real; al contrario, se desprende de una precisa observación de la realidad. La *tierra* humana, cultivada por la razón y formada por las virtudes intelectuales y morales, se afirma como una cierta intensidad espiritual, indicio de su superioridad sobre lo animal. Este orden de la naturaleza espiritual se asegura por la libertad, que tiene su raíz en la razón. Gracias a su libertad de elección, el hombre revela esta parte de su ser que le constituye como persona, y del cual transmite, en las obras y en la historia, el espíritu que le da un sentido.

Una humanidad autosuficiente

Este florecimiento del espíritu, en armonía con las obras, debía estar comprometido el día en que se osó separar la naturaleza de la libertad. Desde Kant, esta oposición se ha convertido en un lugar común de toda la filosofía. Para el filósofo de Königsberg, la naturaleza no tiene relación alguna con la libertad: está determinada, encadenada a los fenómenos, sumisa por entero a la necesidad. Por su parte, la libertad, absolutamente separada de la naturaleza, tiene un orden propio, dentro del cual se afirma como conciencia del bien y del mal. En la *Crítica de la Razón Práctica* se exhorta al sujeto a determinarse por sí mismo, de forma autónoma, rechazando cualquier tipo de determinación heterónoma, como es el recurso a leyes impuestas desde fuera, incluso las del Decálogo. El ser razonable se prescribe su propia ley, en nombre de una voluntad buena *a priori* y —es importante subrayarlo— en el fondo, libre por ser buena. La obra de Kant es la sistematización de las premisas de la filosofía moderna, llevadas, hasta sus últimas consecuencias. Es la expresión última de la concepción antropocéntrica de una humanidad cerrada a la realidad, autosuficiente.

El abismo kantiano que separa la libertad de la naturaleza es, a decir verdad, el resultado de una fisura que ha ido agrandándose desde que apareció en los albores de la civilización moderna: la separación entre la cultura y lo sagrado, entre el hombre y lo divino. Y fue Descartes quien contribuyó decisivamente a ensanchar este abismo, al definir al hombre como un ser compuesto de dos substancias: el espíritu puro por una parte, y el extenso geométrico de otra. ¡Un ángel en un motor! Esta concepción tendrá consecuencias de suma importancia para la historia de la cultura. Así, el conocimiento, convirtiéndose en ciencia de la mecánica humana, se des-

vía de su fin, y como consecuencia las leyes que rigen en la vida del alma se muestran inútiles. Se nos presentan como una superestructura que se puede traspasar y a la que se puede calificar de idealista, según un querer completamente subjetivo. La ciencia de la acción acaba por suplantarse a la ciencia de la contemplación.

Desde este momento, se conoce únicamente para obrar; ya no se conoce por conocer, en virtud de esta gratuidad del saber que no es más que un aspecto del infinito interés de la razón por la verdad. El ser humano, desde esta perspectiva, no tiene otro fin que amasar el máximo de poderío para poder dominar, es decir, para ser. La ciencia del hombre, convertida en ciencia de los intereses humanos, se aparta definitivamente de las necesidades existenciales profundas de la vida espiritual. Desde el momento en que el ser humano se define por su libertad de autonomía, únicamente se afirmará en función de las cosas materiales, ya que se trata de dominarlas para ser. Se opera de este modo una total transversión de valores: verdadero será todo aquello que sea fuerte; bueno, lo que sea útil. La historia de la cultura no será ya un ir profundizando en la sabiduría para lograr una unidad trascendental, sino la adquisición del máximo de poder posible, en la dispersión apocalíptica de las fuerzas.

El mito de la inocencia

El dualismo cartesiano —que es el origen de la desnaturalización de la idea de cultura en el sentido en que nosotros la entendemos, como “florecimiento propiamente humano”— se apoya primariamente en una falsa alternativa: o bien la naturaleza se basta a sí misma, o bien está totalmente corrompida. Esta alternativa, de naturaleza religiosa, pesa todavía en nuestros días, de forma inconsciente, en toda la vida cultural. Es el eterno problema entre la naturaleza y la gracia, que Lutero planteó —para nuestra desgracia— en términos absolutamente falseados. Una de dos: o la naturaleza es buena y la gracia viene a perfeccionarla, y el pecado, por tanto, degrada, no la naturaleza, sino las relaciones entre la criatura y su Creador —doctrina católica—; o bien el pecado ha corrompido de tal modo la naturaleza que el hombre no podrá salvarse más que por la gracia mediante la fe, independientemente de las obras —doctrina de Lutero—. Esta doctrina ha desencadenado tal revolución en la vida del pensamiento que, durante siglos, la imagen del hombre caído ha obsesionado a los espíritus más eminentes de Europa. Paralelamente, el esfuerzo de interiorización comenzado por los filósofos trazó las bases de una solución que conduce a afirmar que la naturaleza humana no se salva por la gracia divina, que supone algo todavía exterior al hombre, sino por la libertad de autonomía, que pone al hombre más allá del bien y del mal, haciendo de él un ser inocente y, consecuentemente, asegurando su salvación. El mundo surgido de semejante concepción se cree naturalmente sano, justo y bueno en el olvido del pecado y de la gracia; toma su corrupción —señala Gilson— por regla de la naturaleza. Este mito de la inocencia del hombre ha sido denunciado por Solzhenitsyn en un discurso pro-

nunciado en Harvard. "La libertad —declara— se ha ido desviando hacia el mal poco a poco. Y la primera premi-
sa responsable de ello es, sin duda, el concepto huma-
nístico y benevolente según el cual el hombre, dueño del
mundo, no alberga nada malo en su interior y que todas
las enfermedades de la vida proceden exclusivamente
de sistemas sociales inadecuados, que deben corregir-
se." ¡Desembocamos en la enloquecedora paradoja de
una sociedad criminal compuesta de ciudadanos inocentes!

**“¡Desembocamos en la enloquecedora
paradoja de una sociedad criminal
compuesta de ciudadanos inocentes!”**

Este mito ha contribuido a identificar la historia de la
cultura europea con la historia de la libertad, con sus
diferentes alternativas de optimismo y pesimismo;
alternativas en las que esta última acaba por triunfar.
Optimismo naturalista y racionalista de la voluntad que
todo lo comprende y que todo lo somete. Pesimismo
materialista y existencialista de la voluntad, sometida a
las leyes de la historia y del absurdo. Alternativa que se
funda en la fe en el hombre, al que los hechos llevan de
decepción en decepción, ya que el hombre descubre,
poco a poco, que no es su propio fundamento.

La ciencia y la técnica

Una primera decepción que la embriaguez del descu-
brimiento tuvo que disimular fue el progreso de la cien-
cia. Confiando al hombre el secreto de las cosas, ha
puesto término a la era mágica en la que el espíritu pue-
ril recurría a los mitos para explicar los fenómenos de la
naturaleza. La ciencia ha hecho pasar al hombre a la
edad adulta, haciéndolo señor y poseedor de la natura-
leza. Ha sido el origen de un progreso humano que no
discutiremos.

**“La ciencia no ha respondido a las
grandes cuestiones. No ha hecho más
que aumentar y reforzar el poder
del hombre sobre el hombre.”**

Pero el espíritu cientista que de ahí surgió, el identifi-
car lo sagrado con lo irracional, contribuyó a separar la
cultura y la religión. Se creyó que todos los problemas
podrían ser resueltos por la ciencia, y que ésta daría
respuesta a los eternos interrogantes sobre el origen del
mundo, el sentido de la vida, el destino del hombre, en
definitiva, sobre el ser.

Este es otro resultado al que se llega: engendrando la
sociedad de consumo, las técnicas han hecho cada vez
más dramático el interrogante del sentido de la vida y
de la muerte. Se cree cada vez menos, o prácticamente
se niega, que la ciencia pueda resolver los grandes pro-
blemas humanos y procurar la felicidad a la humani-
dad. Aquellos que todavía lo creen, profesan una fe
mucho más ingenua que la que ridiculizaban en sus
padres. La técnica puesta al servicio de las guerras, de
las revoluciones, del terrorismo, la inquietud y la amar-
ga insatisfacción de los jóvenes, el creciente número de
neuróticos, muestran claramente la impotencia de la
sociedad industrializada para darnos la felicidad.

**“Hemos ganado en poderío lo que
hemos perdido en sabiduría.”**

La ciencia no ha respondido a las grandes cuestiones.
No ha hecho más que aumentar y reforzar el poder del
hombre sobre el hombre. Se ha alzado contra la cultura;
hemos ganado en extensión lo que hemos perdido en
comprensión; hemos ganado en poderío lo que hemos
perdido en sabiduría. Pero ¿de qué sirve ganar el mun-
do, si se pierde el alma?

La política

**“La nueva sociedad se edificará
conforme a la escala de valores dictados
por la concepción productivista
del hombre industrial. La cultura se
convierte en un instrumento de
interpretación de los acontecimientos
históricos, bajo el signo tiránico de la
economía.”**

La segunda ilusión en la que tuvo que acunarse el
sueño de una autonomía total del sujeto humano, fue el
advenimiento de la política. El hombre autárquico no
debe depender de ningún señor. Un Espartaco moderno
y colectivo le libraría de sus cadenas. La Revolución
apareció como el instrumento de esta liberación. Deca-
pitando al rey, redimió a la historia del signo simbólico
de la trascendencia en la que todavía se fundamentaba
la autoridad. Sin Dios, sin señor, la humanidad avanza
a partir de este momento hacia la era perfecta, hacia la
sociedad igualitaria. La nueva sociedad se edificará
conforme a la escala de valores dictados por la concep-
ción productiva del hombre industrial. La cultura se
convierte en un instrumento de interpretación de los
acontecimientos históricos, bajo el signo tiránico de la

economía. De esta forma, la fosa que separa la cultura de lo sagrado, se hace más profunda todavía.

Sin embargo, ha aparecido un nuevo tipo de hombre, en oposición al proyecto autárquico. Se trata de un hombre sumario, capaz de seguir sin tropezarse el hundimiento universal de los derechos del hombre y de la libertad. Un hombre en el que ha desaparecido todo reflejo que le permita protestar contra la desespiritualización a la que le somete la voluntad de poder de los estados totalitarios. El hombre económico tiene el apetito insaciable, y en su ignorancia, al devorar los *panem et circenses*, se devora a sí mismo. Reducido al estado de masa, engañado por la mentira, está ya preparado para el hormiguero definitivo y universal que predecía Valéry.

La cultura marxista es un ejemplo de anticultura, similar a la idea que los caníbales se hacen del hombre. Sin embargo, a pesar de sus fabulosas virtudes soporíferas, el marxismo no ha conseguido adormecer las conciencias. Las profundas aspiraciones a la verdad, a la

“A pesar de sus fabulosas virtudes soporíferas, el marxismo no ha conseguido adormecer las conciencias.”

justicia, a un más allá que justifiquen al hombre, han tomado la voz de los disidentes para hacerse oír. Hoy empezamos a darnos cuenta de la impostura. Pero ha sido preciso que los ídolos que reemplazaban a Dios —la ciencia, la droga, el partido, el proletariado— se fueran rompiendo uno a uno, o comenzasen a vacilar sobre sus pedestales, para que nos diésemos cuenta.

Caminos que no conducen a ninguna parte

Poder de la técnica que se convierte en técnica de servidumbre. Poder político de los estados totalitarios que aniquilan los derechos del hombre y la libertad. Es la trágica ilustración, bajo un cielo de crepúsculo, de los que podemos llamar con Berdiaeff “los últimos días del Renacimiento”. Asistimos a los últimos momentos de una tentativa que termina inevitablemente en el fracaso. A fuerza de buscar la libertad dentro de sí, el hombre autárquico se ha convertido en extranjero, para sí y para los demás. Estar desligado y separado de sí mismo: es donde los funestos mensajeros de la muerte del hombre describen con placer la descomposición. Sin pasado, sin porvenir, el presente no es más que una sima abierta a la que el hombre se arroja sin esperanza. El único recurso que le queda es el de acelerar su fin, para lograr la única satisfacción que le queda: una muerte digna. El terrorismo aparece a este respecto como el sangrante epílogo de una decadencia que llega a su fin.

La cultura, reflejo del hombre, le sigue en esta descomposición, disgregándose y diversificándose a su alrededor. Lo verificamos en el número creciente de ideas que proliferan, como un cáncer, sin lazo alguno

“El terrorismo aparece a este respecto como el sangrante epílogo de una decadencia que llega a su fin.”

que haga de ellas una concepción unitaria. Lo comprobamos también en la degeneración de la enseñanza, en la que los “pedagogos de la amnesia” —en la excelente expresión de Jean-Marie Benoist— se esfuerzan por matar en el alumno todo sentido crítico, todo lazo que les una con el pasado cultural.

“Cuando la inteligencia se desvía de la realidad, no se alimenta más que de sí misma, y se esteriliza.”

Despersonalización. Masificación. Indeterminación. Parece como si se quisiera saber hasta dónde pueden llevar caminos que no conducen a ninguna parte. Y no podemos dudar de que llevarán al silencio, y no precisamente al silencio del ángel, sino el espeso silencio de la bestia, ya que cuando la inteligencia se desvía de la realidad, no se alimenta más que de sí misma, y se esteriliza. Desde que pierde de vista las exigencias profundas del espíritu, inscritas en la existencia propiamente

“El hombre está inclinado a Dios por naturaleza. Cuando se inclina hacia sí, se rompe.”

humana, se empantana en las regiones bajas del instinto, adquiriendo una visión cavernícola de la vida. Cuando se frena la inteligencia, ya nada ilumina esta zona espiritual constitutiva del hombre y sobre la que se edifica toda cultura. La acción, sin la razón que la ilumine, se confunde con el apetito de vencer y dominar; pierde su finalidad y trastorna la voluntad. Estas son las consecuencias contradictorias del humanismo ateo que enmarca el fracaso. Fracaso del orgullo que en vano espera salvarse por sus propias fuerzas, con independencia total de Dios. “El hombre está inclinado a Dios por naturaleza” decía Bossuet. Cuando se inclina hacia sí, se rompe.

Un humanismo abierto

¿Cómo salvar, pues, al hombre de sí mismo? Favoreciendo la eclosión de un humanismo abierto a la realidad y no cerrado sobre el hombre. Se trata de superar la

toma de conciencia del yo por la toma de conciencia del ser —distinto del yo—. Este traspaso no se efectuará más que sustituyendo la libertad de autonomía por la libertad de elección, conforme a las exigencias de la existencia humana. A pesar de su finitud, el hombre puede elegir lo infinito, sin dejarse engañar por el falso infinito del instinto. Es capaz de verdad porque, dotado de razón, es capaz de unidad. Y la unidad no se realiza más que a partir de las diferencias, sin las cuales no habría elección posible.

“A pesar de su finitud, el hombre puede elegir lo infinito.”

La sustitución del humanismo antropocéntrico se hará por el rechazo de la concepción globalizadora que hace del hombre una totalidad compacta, manipulable a placer en una sociedad de robots. Es necesario centrar nuevamente la atención en el hombre concreto. Respetando las exigencias de la libertad, entendida como espontaneidad regulada por el espíritu, obraremos eficazmente contra ese proyecto de desespiritualización de las “nuevas ideas”.

“Es preciso que nos demos cuenta de que la amenaza que pesa sobre nosotros no es solamente la de morir, sino la de morir como imbéciles.”

Este es el momento de comenzar la rebelión que dicta nuestro querer. Nos decidiremos por el hombre, contra la bestia, y hallaremos en la religión la expresión más pura de esta lucha. Sólo cuando el hombre vuelva a Dios podrá volver a sí mismo, y solamente incorporando lo sagrado a la cultura, de la que ha sido alejado para su perdición, encontrará el hombre su verdadero sentido.

“Es preciso que nos demos cuenta —nos advierte Bernanos— de que la amenaza que pesa sobre nosotros no es solamente la de morir, sino la de morir como imbéciles” (CDF, p. 148).

Salvar al hombre

El último hombre del Renacimiento ha muerto sin estar apoyado por nada, igual que ha vivido. El hombre

nuevo encontrará su fundamento en los valores cristianos que han fundado nuestra civilización. Pero no hablamos de este cristianismo reducido unas veces a una moral, a un remedio social o económico, no. La religión no es una compensación. Es una llamada, una exigencia constantemente renovada. Queremos hablar de este cristianismo en el que el espíritu diviniza al hombre humanizándolo. De la encarnación que, transfigurando la naturaleza humana, nos hace comprender al hombre.

Salvar a la civilización —no a Europa, al mundo— significa salvar al hombre. Es desconocer al hombre —decía Aristóteles— no ofrecerle más que cosas humanas. Y hemos visto que este desconocimiento conduce a un humanismo inhumano. No caeremos otra vez en el error, sino que nos consagraremos a hacer fructificar lo que de divino haya en el hombre.

Esta inmensa tarea exige el esfuerzo de una total renovación de la conciencia religiosa. Hay que superar el dualismo cartesiano, origen de esta lenta descomposición, que hoy llega a su fin. No podemos hablar de las cosas de Dios por una parte y de las humanas por otra; de la vida cultural y de la espiritual. Pero no se superará este dualismo engendrando una confusión entre los dos órdenes. Al afirmar que el mundo no debe organizarse de espaldas a Dios, no queremos decir que sea necesario rechazar la vida social, política, artística, etc., como si no fuera santificable, sino todo lo contrario, pues no alcanzará su máxima perfección sino bajo la luz divina.

“Es desconocer al hombre —decía Aristóteles— no ofrecerle más que cosas humanas. Y hemos visto que este desconocimiento conduce a un humanismo inhumano.”

Jamás se es lo bastante humano para llegar a ser divino. Sin embargo, la Encarnación hace esta tarea realizable. Los cristianos pueden plasmar este espíritu en la historia, actuando, en todos los campos, no según el ideal humanista del hombre divinizado por el orgullo, sino a partir de la concreta realidad histórica del Dios hecho hombre. Es una elección por hacer. Tenemos el riesgo de perdernos, pero también, la seguridad de no morir como imbéciles.

Publicado en la Revista NUESTRO TIEMPO, n.º 294.